



## “La era del vacío” Charla: Adolfo Chércoles SJ

La situación a la que hemos llegado es más problemática y estable de lo que a primera vista podríamos pensar. Los ‘callejones sin salida’ con los que nos encontramos tienen su ‘lógica’ como en parte ya hemos podido ver; no surgen de la nada. La ‘red ilegal’ tiene una extensión que le da consistencia y eficacia. De cara a afrontar su influjo envolvente vamos a ayudarnos del análisis que **Lipovetsky** hace en **La era del vacío** de esta malla en la que estamos atrapados. Difícilmente encontraremos una descripción más pormenorizada y concatenada de una realidad tan compleja.

En efecto, en el prólogo describe así la realidad posmoderna: *“La cultura posmoderna es descentrada y heteróclita, materialista y psi, porno y discreta, renovadora y retro, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, espectacular y creativa; el futuro no tendrá que escoger una de esas tendencias sino que, por el contrario, desarrollará las lógicas duales, la correspondencia flexible de las antinomias. La función de semejante estallido no ofrece duda: paralelamente a los otros dispositivos personalizados, la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo; al diversificar las posibilidades de elección, al anular los puntos de referencia, al destruir los sentidos únicos y los valores superiores de la modernidad, pone en marcha una cultura personalizada o hecha a medida, que permite al átomo social emanciparse del balizaje disciplinario-revolucionario”* (Op.cit. p 11).

Es importante destacar lo que entiende por ‘cultura personalizada’ pues va a ser el concepto clave a lo largo de la obra. Dicha personalización es concreción de un ‘individualismo’ sin ‘puntos de referencia’, ‘sentidos únicos’ o ‘valores superiores’, que atomiza el cuerpo social descalificando como ‘disciplinario-revolucionario’ todo lo que coarte una libertad de elección sin límites ni antinomias ante una oferta nivelada. La dinámica que subyace en esta cultura posmoderna es un **narcisismo individualista** que exige una satisfacción *a la medida*.

Este planteamiento lo desarrolla en seis capítulos. A través de ellos va describiendo esta ‘red ilegal’ que nos arrastra. Puede servirnos como síntesis de todo lo que llevamos dicho recoger el contenido de cada capítulo.

### I.- “Seducción continua”.

*“Indiscutiblemente hemos de partir del mundo del consumo. Con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, con el hedonismo que induce, con su ambiente eufórico de tentación y proximidad, la sociedad de consumo explícita sin ambages la amplitud de la estrategia de la seducción... que ofrece cada vez más opciones y combinaciones a medida, y que permite una circulación y selección libres...”* (Op.cit. p 18). Más aún, es *seducción en el sentido de que el proceso de personalización reduce los marcos rígidos y coercitivos, funciona sibilinaamente jugando la carta de la persona individual, de su bienestar, de su libertad, de su interés propio*” (Op.cit. p 19). Como más adelante afirma, *“la seducción en curso es privática”* (p 21).

Esta ‘seducción’ lo invade todo. “*La educación, antes autoritaria, se ha vuelto enormemente permisiva, atenta a los deseos de los niños y adolescentes mientras que, por todas partes, la ola hedonista desculpabiliza el tiempo libre, anima a realizarse sin obstáculos y a aumentar el ocio...*” (Op.cit. pp 21-22). ¿Qué alcance puede tener una educación que está más atenta a los ‘deseos de los niños y adolescentes’ que a su crecimiento?

Pero no es sólo la educación, “*el lenguaje se hace eco de la seducción. Desaparecidos los sordos, los ciegos, los lisiados, surge la edad de los que oyen mal, de los no videntes, de los minusválidos; los viejos se han convertido en personas de la tercera o cuarta edad, las chachas en empleadas del hogar...*” (Op.cit. p 22 ). Para seducir hay que maquillar, aunque la realidad siga siendo la misma.

Pero “*lejos de ser un agente de mistificación y de pasividad, la seducción es destrucción cool de lo social por un proceso de aislamiento que se administra... por el hedonismo, la información y la responsabilización...cada uno se hace responsable de su propia vida, debe gestionar de la mejor manera su capital estético, afectivo, psíquico, libidinal, etc.. al final del desierto social se levanta el individuo soberano, informado, libre, prudente administrador de su vida: al volante, cada uno abrocha su propio cinturón de seguridad...*” (Op.cit. p 24). Incluso la política necesita incorporar nuevos valores como son “*la cordialidad, las confidencias íntimas, la proximidad, la autenticidad, la personalidad, valores individualistas-democráticos por excelencia...*” (Op.cit. p 25).

Pero este individualismo que vivimos no sólo es hedonista sino psi: “*Bajo la égida del Inconsciente y de la Represión, cada uno es remitido a sí mismo en su reducto libidinal, en busca de su propia imagen desmistificada... Don Juan ha muerto; una nueva figura, mucho más inquietante, se yergue, Narciso, subyugado por sí mismo en su cápsula de cristal*” (Op.cit. p 33).

La psicologización del individuo lo absorbe en una autoobservación interminable porque pierde referentes objetivos y objetivadores. Ya no es don Juan que tiene que redimirse, sino ‘Narciso subyugado por sí mismo’, es la ‘autoseducción’.

Pero este individualismo narcisista nos arroja a un desierto:

## II.- “La indiferencia pura”.

“*...el desierto crece: el saber, el poder, el trabajo, el ejército, la familia, la Iglesia, los partidos, etc., ya han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles y en distintos grados ya nadie cree en ellos... Y sin embargo el sistema funciona, las instituciones se reproducen y desarrollan, pero por inercia, en el vacío, sin adherencia ni sentido, cada vez más controladas por los ‘especialistas’, los últimos curas, como diría Nietzsche, los únicos que todavía quieren inyectar sentido, valor, allí donde ya no hay otra cosa que un desierto apático...*” (Op.cit. pp 35-36) “*...nuestra bulimia de sensaciones, de sexo, de placer, no esconde nada, no compensa nada, y aún menos el abismo de sentido abierto por la muerte de Dios. La indiferencia, pero no la angustia metafísica...*” (Op.cit. pp 36-37). “*La oposición del sentido y del sin sentido ya no es desgarradora y pierde parte de su radicalismo ante la frivolidad o la utilidad de la moda, del ocio, de la publicidad...*” (Op.cit. p 38). Dicho de otra forma, “*nuestra sociedad no conoce prelación, codificaciones definitivas, centro, sólo estimulaciones y*

*opciones equivalentes en cadena. De ello proviene la indiferencia posmoderna, indiferencia por exceso, no por defecto, por hipersolicitud, no por privación. ¿Qué es lo que todavía puede sorprender o escandalizar?...” (Op.cit. p 39). Por eso la imagen con que expresa esta indiferencia “se parece más al telespectador probando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche, al consumidor llenando su carrito...” (Op.cit. p 42).*

La consecuencia es clara: *“En un sistema organizado según un principio de aislamiento ‘suave’, los ideales y valores públicos sólo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés, el éxtasis de la liberación ‘personal’, la obsesión por el cuerpo y el sexo: hiper-inversión de lo privado y en consecuencia desmovilización del espacio público. Con la sociabilidad autoclave se inicia la desmotivación generalizada, el repliegue autárquico ilustrado por la pasión de consumir pero también por la moda del psicoanálisis y de las técnicas relacionales: cuando lo social está abandonado, el deseo, el placer, la comunicación se convierten en los únicos ‘valores’ y los ‘psi’ en los grandes predicadores del desierto. La era ‘psi’ se inicia con la deserción de masa y la libido es un flujo del desierto” (Op.cit. pp 42-43), porque “el hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas” (Op.cit. p 44), ya que queda la búsqueda del ego y del propio interés.*

En una palabra, *“cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad. La generalización de la depresión no hay que achacarla a las vicisitudes psicológicas de cada uno o de las ‘dificultades’ de la vida actual, sino a la deserción de la res publica, que limpió el terreno hasta el surgimiento del individuo puro, Narciso en busca de sí mismo, obsesionado solamente por sí mismo y, así, propenso a desfallecer a hundirse en cualquier momento... El hombre relajado está desarmado. De esta manera los problemas personales toman dimensiones desmesuradas y cuanto más se insiste, ayudado o no por los ‘psi’, menos se resuelven... Envejecer, engordar, afearse, dormir, educar a los niños, irse de vacaciones, todo es un problema, las actividades elementales se han vuelto imposibles” (Op.cit. pp 46-47). Triste panorama en el que nos aísla un narcisismo asfixiante.*

### III.- “Narciso o la estrategia del vacío”

De ‘mutación antropológica’, habla **Lipovetsky** al comenzar este capítulo sobre el *neonarcisismo*: *“Aparece un nuevo estadio del individualismo: el narcisismo designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo, en el momento en que el ‘capitalismo’ autoritario cede el paso a un capitalismo hedonista y permisivo, acaba la edad de oro del individualismo, competitivo... sentimental... revolucionario... y se extiende a un individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales que coexistían aún con el reino glorioso del homo economicus, de la familia, de la revolución y del arte; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos...” (Op.cit. p 50).*

En efecto, el ‘neonarcisismo’ es una nueva etapa: “*fin del homo politicus y nacimiento del homo psicologicus, al acecho de su ser y de su bienestar*” (Op.cit. p 51). “*Hoy vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras tradiciones y nuestra posteridad: el sentido histórico ha sido olvidado de la misma manera que los valores y las instituciones sociales...*” (Op.cit. p 51).

En un ‘clima de pesimismo’ surge “*el desarrollo de las estrategias narcisistas de ‘supervivencia’, prometiendo salud física y psicológica. Cuando el futuro se presenta amenazador e incierto, queda la retirada sobre el presente, al que no cesamos de proteger, arreglar y reciclar en una juventud infinita. A la vez que pone el futuro entre paréntesis, el sistema procede a la ‘devaluación del pasado’... ; con esa indiferencia hacia el tiempo histórico emerge el ‘narcisismo colectivo’, síntoma social de la crisis generalizada de las sociedades burguesas, incapaces de afrontar el futuro si no es en la desesperación*” (Op.cit. pp 51-52).

Pero el narcisismo no depende sólo de un ‘hedonismo’ con posibilidad de ser satisfecho, sino de un ensimismamiento en el propio psiquismo en busca de su ‘verdad’ o de su ‘arqueología’ que diría **Freud**.

Es de agradecer la honestidad de **Lipovetsky**: reconoce que el narcisismo genera un nuevo tipo de personalidad... toda ella llena de indeterminación y fluctuación, con un Yo ‘flotante’, sin fijación ni referencia, una disponibilidad pura... Más aún, la tan recomendada ‘formación permanente’ puede reflejar, según él, la ‘desubstancialización’ a la que continuamente alude, necesitada por tanto de *ortopedistas* físicos o mentales, o los dos a un tiempo, sencillamente porque “*el proceso de personalización narcisista desmonta las referencias del Yo, lo vacía de cualquier contenido definitivo*” y en dicha circunstancia lo que se necesita son “prótesis” (cf. Op.cit. pp 58-59). Es decir, el narcisismo “*al evacuar sistemáticamente cualquier posición trascendente, engendra una existencia puramente actual, una subjetividad total sin finalidad ni sentido, abandonada al vértigo de la autoseducción*” (Op.cit. p 61).

Esta ‘autoseducción’ “*...debilita la capacidad de jugar con la vida social (...) cuanto más los individuos se liberan de códigos y costumbres en busca de una verdad personal, más sus relaciones se hacen ‘fratricidas’ y asociales... ya no respetamos la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás: el intimismo es tiránico e ‘incivil’. ‘El civismo es la actividad que protege al yo de los otros, y así le permite disfrutar de la compañía del prójimo. La máscara es la propia esencia del civismo...’*(R. Sennett). *La sociabilidad exige barreras, reglas impersonales que son las únicas que pueden proteger a los individuos unos de otros; allí donde, al contrario, reina la obscenidad de la intimidad, la comunidad se hace pedazos y las relaciones humanas se vuelven ‘destructoras’..*” (Op.cit. pp 64-65).

Espléndido análisis que sin embargo quiero matizar. El afirmar que el ‘civismo’ es necesario para mantener ‘la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás’ es exacto (llamemos a esta ‘distancia’ civismo o respeto). Lo discutible es denominar ‘máscara’ a dicha distancia. Si acertadamente ha llamado a esta obsesión de intimidad ‘obscenidad’, ¿no sería más lógico llamar a esta ‘distancia’ necesaria **misterio** en vez de máscara?

Pero sigamos con la descripción de ‘Narciso’ “*Hay búsqueda de autenticidad, en absoluto de espontaneidad: Narciso no es un actor atrofiado... El narcisismo se define no tanto por la explosión libre de las emociones como por el encierro sobre sí mismo, o sea la ‘discreción’, signo e instrumento del self-control. Sobre todo nada de excesos, de desbordamientos, de tensión que lleve a perder los estribos; es el replegarse sobre sí, la*

*‘reserva’ o la interiorización lo que caracteriza el narcisismo, no la exhibición ‘romántica’.*” (Op.cit. pp 66-67).

Ahora bien, en este ‘sobre sí’ *“El laxismo sustituye al moralismo o al purismo, y la indiferencia a la intolerancia. Narciso, demasiado absorto en sí mismo, renuncia a las militancias religiosas, abandona las grandes ortodoxias, sus adhesiones siguen la moda, son fluctuantes, sin mayor motivación. Aquí también la personalización conduce a la desinversión del conflicto, a la distensión. En sistemas personalizados, los cismas, las herejías ya no tienen sentido: cuando una sociedad ‘valora el sentimiento subjetivo de los actores y desvaloriza el carácter objetivo de la acción’ (R. Sennett), pone en marcha un proceso de desubstancialización de las acciones y doctrinas cuyo efecto inmediato es un relajamiento ideológico y político...”* (Op.cit. p 67).

Es decir, el ‘sobre sí’ parece reducirse a estar ‘demasiado absorto en sí mismo’. Esto lleva consigo una desconexión con la realidad: la ‘moral’ como concreción definida de nuestra conciencia es sustituida por el ‘laxismo’ y la ‘indiferencia’ difumina nuestra percepción reduciéndola a la tangencialidad epidérmica: en vez de la ‘adhesión’, la ‘moda fluctuante sin motivación’.

Esta desconexión con la realidad y desvalorización de la acción aísla al sujeto en sus sentimientos, ‘revoluciona’ *“la relación interpersonal: lo que importa ahora es ser uno mismo absolutamente, florecer independientemente de los criterios del Otro”,* pues el otro *“ya no es ni hostil ni competitivo sino indiferente”* (Op.cit. p 70). Esto desemboca en la *“desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva”* (Op.cit. p 78). Esta es la nueva situación que ha inaugurado el ‘posmodernismo’. Pero es muy importante constatar que entre modernismo y posmodernismo hay un abismo.

#### IV.- “Modernismo y posmodernismo”.

En este capítulo, **Lipovetsky** describe el paso del ‘modernismo’ al ‘posmodernismo’. Si el primero *“no es más que un aspecto del amplio proceso secular que lleva al advenimiento de las sociedades democráticas basadas en la soberanía del individuo y del pueblo, sociedades liberadas de la sumisión a los dioses, de las jerarquías hereditarias y del poder de la tradición...”* (Op.cit. pp 86-87), o como más adelante formula, *“...es la revolución individualista por la que, por primera vez en la historia, el ser individual, igual a cualquier otro, es percibido y se percibe como fin último, se concibe aisladamente y conquista el derecho a la libre disposición de uno mismo, la que constituye el fermento del modernismo”* (Op.cit. p 93).

Este movimiento encabezado por el arte vanguardista, desemboca gracias a la seducción del consumo en el ‘posmodernismo’. *“es la personalización narcisista: la fragmentación disparada del yo, la emergencia de un individuo que obedece a lógicas múltiples...”* (Op.cit. p 112). Es decir, la ‘personalidad’ que surge es ‘narcisista’: lleva consigo una ‘fragmentación disparada del yo’. La ‘combinatoria’ posmoderna ofrece al hombre de hoy una existencia *cool* (de ‘indiferencia pura’) y lo libera de la ‘culpabilidad’ ciertamente, pero lo hace ‘propenso a la angustia y la ansiedad’.

Desde esta perspectiva el Yo se convierte en un ‘absoluto’, es un proceso que *“construye el narcisismo y licúa lo Verdadero: la operación saber posmoderno, heterogeneidad y dispersión de los lenguajes, teorías flotantes, no es más que una manifestación del hundimiento general fluido y plural que nos hace salir de la edad disciplinaria y de esta manera socava la lógica del homo clausus occidental. Solamente*

*en esa amplia continuidad democrática e individualista se dibuja la originalidad del momento posmoderno, es decir el predominio de lo individual sobre lo universal, de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad, de lo permisivo sobre lo coercitivo” (Op.cit. p 115).*

La situación parece ser la siguiente: al librarnos de lo ‘universal’ eliminamos el **bien común** (¡que no es la suma de los bienes particulares!), identificamos ‘ideológico’ con ‘ideologías’ quedándonos sin **ideas** (pensamiento), la **política** es considerada ‘politización’ y por tanto ‘manipuladora’, la ‘coincidencia real’ se vive como ‘homogeneidad’ que uniformiza y toda **responsabilidad** se interpreta como ‘coercitiva’. Esto lleva a un **individualismo psi**, necesitado de la mera **comunicación** descomprometida que aísla en una **diversidad** caprichosa, sin ‘identidad’ ni consistencia y una **permisividad** que lo relativiza todo y nos dispersa en mónadas solitarias. En una palabra, el **narcisismo** licúa lo **Verdadero**.

En efecto “*el posmodernismo barrió la carga subversiva de los valores modernistas, ahora reina el eclecticismo cultural*”. Es el ‘escaparate’ que todo lo nivela, poniéndolo sin más al alcance de la mano. Y es que “*el posmodernismo es sincrético a la vez cool y hard, convivencial y vacío, psi y maximalista, una vez más se trata de la cohabitación de los contrarios que caracteriza nuestro tiempo...*” (Op.cit. p 117). Es la pérdida de relieve: todo es liso, no hay necesidad de recuperar nada, la experimentación tiene sentido en sí.

Lo mismo ocurre con ‘*la propia religión*’ que “*ha sido arrastrada por el proceso de personalización: se es creyente, pero a la carta, se mantiene tal dogma, se elimina tal otro, se mezclan los Evangelios con el Corán, el zen o el budismo, la espiritualidad se ha situado en la edad kaleidoscópica del supermercado y del auto-servicio*”. Es decir, esta “*renovación espiritual...es un resultado del individualismo posmoderno reproduciendo su lógica flotante...*” (Op.cit. pp 118-119).

En realidad habría que decir que el único ‘Absoluto’ es ‘uno mismo’ ante una oferta ilimitada (*supermercado*) cuya concreción depende exclusivamente de la propia autonomía (*auto-servicio*). Este ‘Absoluto’ no tiene contorno, surge de un ‘narcisismo desustancializado’, con su ‘lógica flotante’. La contradicción de que una ‘lógica’ pueda ser ‘flotante’, se resuelve si ésta depende de algo ‘desustancializado’, de un “*individuo flexible en busca de sí mismo*”.

Y es que lo resultante es una sociedad “*donde papeles e identidades se confunden, donde el individuo es flotante y tolerante*” (Op.cit. p 122). En efecto, “*en la actualidad, la sociedad, las costumbres, el mismo individuo se cambian más deprisa, más profundamente que la vanguardia*” (Op.cit. p 123) porque en última instancia “*la contraseña posmoderna y narcisista*” es esta: “*hay que ser absolutamente uno mismo, dentro de un eclecticismo laxo*” (Op.cit. p 124).

Todo esto que ha podido verse como una “*pérdida de la civitas*”, Lipovetsky lo interpreta como “*un reforzamiento de masas de la legitimidad democrática*” (Op.cit. p 129). En efecto, según él, “*a medida que crece el narcisismo, triunfa la legitimidad democrática, aunque sea de manera cool...*” (Op.cit. pp 129-130). Esto quiere decir que “*...Sea cual sea su despolitización, el homo psicologicus no es indiferente a la democracia, sigue siendo en sus aspiraciones profundas un homo democraticus, es su mejor garante...*” (Op.cit. p 130).

Esta es la sociedad que nos depara el posmodernismo: un equilibrio flotante y sin referentes, pero ‘garantizado’ (según Lipovetsky) por un espíritu democrático que no renuncia ni a la libertad individual ni al reto de la igualdad. Pero este ‘equilibrio’

necesita lo que podíamos denominar ‘talante’. Esto es lo que desarrolla en el capítulo siguiente.

## V.- “La sociedad humorística.”

**Lipovetsky** nos descubre un aspecto novedoso y de gran importancia de la sociedad posmoderna: que es **humorista**. Este humorismo es peculiar. Veamos cómo nos lo distingue de otros tipos de humor: “... *El personaje burlesco es inconsciente de la imagen que ofrece al otro, hace reír a pesar suyo, sin observarse, sin verse actuar, lo cómico son las situaciones absurdas que engendra, los gags que desencadena según un mecanismo irremediable. Por el contrario, con el humor narcisista, Woody Allen hace reír, sin cesar en ningún momento de analizarse, disecando su propio ridículo, presentando a sí mismo y al espectador el espejo de su Yo devaluado. El Ego, la conciencia de uno mismo, es lo que se ha convertido en objeto de humor y ya no los vicios ajenos o las acciones descabelladas*” (**Op. cit.** p 145).

En efecto, “...*cuando el humor se vuelve una forma dominante, se borra la ideología, con sus oposiciones rígidas y su escritura en letras mayúsculas... Mientras que la ideología apunta a lo Universal, llamado lo Verdadero, el humor publicitario está más allá de lo verdadero y de lo falso, más allá de los grandes significantes, más allá de las oposiciones distintivas. El código humorístico socava la pretensión del sentido, destituye los contenidos: en el lugar y espacio de la transmisión ideológica, está la desustancialización humorística, la reabsorción del polo referencial. La glorificación del sentido ha sido sustituida por una depreciación lúdica, una lógica de lo inverosímil*” (**Op.cit.** p 148).

Este ‘humor’ que suplanta lo Universal y lo Verdadero, como el mismo **Lipovetsky** reconoce, ‘socava la pretensión de sentido’, produciendo una ‘desustancialización’ y la supresión de todo ‘polo referencial’ y termina en una ‘depreciación lúdica’ y una ‘lógica de lo inverosímil’. Lo lúdico nos divierte y lo inverosímil nos evade. Sólo el sentido (¿un ‘polo referencial’?) afrontando la realidad (¿una ‘sustancia’?) nos ‘realiza’. Pero, ¿qué es lo que nos ha llevado a esta pérdida de sentido y de polo de referencia?

“*El código del humor electrifica el sentido*” gracias al “*boom de las necesidades y la cultura hedonista*”: “... *La sociedad cuyo valor cardinal es la felicidad de masa es arrastrada ineluctablemente a producir y consumir a gran escala signos adaptados a ese nuevo ethos, es decir mensajes alegres, felices, aptos para proporcionar en cualquier momento y para la mayoría una prima de satisfacción directa... Si el código humorístico se ha impuesto, se ha propagado, es porque corresponde a nuevos valores, a nuevos gustos (y no solamente a los intereses de clase), a un nuevo tipo de individualidad que aspira al placer y a la expansión, alérgica a la solemnidad del sentido después de medio siglo de socialización a través del consumo...*” (**Op.cit.** pp 156-157).

Esta ausencia de ‘solemnidad’ (¿también de ‘seriedad’?) según **Lipovetsky** tiene sus ventajas: “... *El humor, a diferencia de la ironía, se presenta como una actitud que expresa cierto tipo de simpatía, de complicidad, aunque sean fingidas, con la persona a quien se dirige; nos reímos con ella, no de ella... consiste en subrayar el aspecto cómico de las cosas sobre todo en los momentos difíciles de la vida, en bromear, por penosos que sean los acontecimientos*” (**Op.cit.** p 158). Además este humor tiene una doble función democrática: “*permite al individuo liberarse, aunque sólo sea puntualmente, de la fuerza del destino, de las evidencias, de las convenciones, afirmar con ligereza su libertad de espíritu; simultáneamente impide al ego tomarse en serio, forjarse una*

*imagen 'superior' o altiva, manifestarse sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente. El humor pacifica las relaciones entre los seres, desmantela las fuentes de fricciones a la vez que mantiene la exigencia de la originalidad individual” (Op.cit. pp 158-159).*

Preguntémosnos brevemente por esta doble función. Respecto a la primera: la ‘liberación’ del individuo es condición indiscutible para que surja una persona capaz de ‘afirmar su libertad de espíritu’. El problema está en hasta qué punto puede llamarse ‘liberación’ personal a algo ‘puntual’, lo mismo que hasta qué punto es ‘libertad de espíritu’ la que tan sólo se afirma ‘con ligereza’. ¿Suscitan confianza una liberación que sea puntual, y una libertad de espíritu que se afirme con ligereza?

Respecto a la segunda: el que el humor impida forjarse una imagen ‘altiva’ y manifestarse ‘sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente’, no sólo es de desear, sino que nos va mucho en ello. Pero que el yo no se ‘tome en serio’ ni se forje una ‘imagen superior’ puede ser su disolución y de hecho lo es, como vemos por las descripciones que el mismo **Lipovetsky** nos hace del hombre posmoderno.

En efecto, todos agradecemos una persona que tenga ‘libertad de espíritu’, ‘seria’ y que no sea ‘conformista’ dejándose llevar por la inercia, sino que se forje una imagen ‘superior’, en el sentido de una identidad que exige ‘crecimiento’. Pero una persona seria y con identidad, no tiene por qué ser ‘altiva’ y, menos aún, manifestarse ‘sin dominio de sí...’, lo mismo que la libertad de espíritu no tiene nada que ver con la ligereza.

Pero veamos qué alcance tiene este: “*no tomarse en serio*”: la “*democratización del individuo no expresa sólo un imperativo ideológico igualitario, traduce la subida de los valores psi como son la espontaneidad y la comunicación, traduce un cambio antropológico, el advenimiento de una personalidad tolerante, sin gran ambición, sin una alta idea de sí misma, sin creencias sólidas. El humor que nivela las figuras del sentido en guiños lúdicos está hecho a imagen y semejanza de la fluctuación narcisista, que se manifiesta una vez más como un instrumento democrático*” (Op.cit. p 160).

Es decir, el ‘sentido’ que soporta el individuo cuyo ‘ego’ ha sido devaluado por el ‘humor’ no pasa de ‘guiños lúdicos’ que posibilitan una ‘espontaneidad’ y una ‘comunicación’ descomprometidas, pues detrás tan sólo hay una personalidad ‘tolerante’, incapaz de arriesgarse (*¡tomarse en serio!*), pues está devaluada (*‘sin una alta estima de sí misma’*), pendiente de la ‘fluctuación narcisista’ y carente de ‘creencias sólidas’, las únicas que podrían proporcionarle un **sentido**.

El gran beneficiado en esta devaluación es el narcisismo consolidado por un hedonismo garantizado (‘escaparate’-consumo): “*Consecuencia última de la edad del consumo, el proceso humorístico reviste la esfera del sentido social, los valores superiores se vuelven paródicos, incapaces de dejar ninguna huella emocional profunda. Bajo el empuje de los valores hedonistas y narcisistas las referencias eminentes se vacían de su substancia, los valores que estructuraban el mundo en la primera mitad del siglo XX (ahorro, castidad, conciencia profesional, sacrificio, esfuerzo, puntualidad, autoridad) ya no inspiran respeto, invitan más a la sonrisa que a la veneración: parecen fantasmas de vodevil, y sus nombres evocan a nuestro pesar algo vetusto o ridículo. Después de la fase de afirmación gloriosa y heroica de las democracias en que los signos ideológicos han rivalizado en énfasis (la nación, la igualdad, el socialismo, el arte por el arte) con los discursos jerárquicos destronados, entramos en la era democrática posmoderna que se identifica con la dessubstancialización humorística de los principales criterios sociales*” (Op.cit. p 162).

Los ‘valores hedonistas y narcisistas’ nos aíslan en un individualismo ‘indiferente’ en el que no tiene cabida el **bien común** ‘en sí’ (fundamento de todo criterio social) para



convertirse en lo que **Lipovetsky** ha denominado ‘proceso de personalización’, personalización que en vez de valorizar la ‘dignidad’ de la persona la trivializa, porque lo que ha cobrado valor es lo **subjetivo** (como disfrute), no la **realidad personal** (como reto). “*A fuerza de personalización, cada uno se convierte para sus semejantes en un animal curioso vagamente extraño y no obstante desprovisto de misterio inquietante: el otro como teatro absurdo. La coexistencia humorística, he aquí lo que nos impone un universo personalizado... Así, el modo de aprehensión del otro no es ni la igualdad ni la desigualdad, es la curiosidad divertida, de manera que cada uno de nosotros se ve condenado a parecer a corto o largo plazo extraño, excéntrico ante los otros. Última desacralización, la relación interhumana es aquí expurgada de su gravedad inmemorial paralelamente a la caída de los ídolos y grandes de este mundo; última expropiación, la imagen que ofrecemos a los demás está destinada a ser cómica.*”

A esto se añade un agravante: “*...Desposesión que se corresponde con la instituida por el inconsciente y lo reprimido: ya sea en el orden subjetivo o intersubjetivo, el individuo sufre una expoliación de su representación. Con el inconsciente, el ego pierde el dominio y la verdad de sí mismo; con el proceso humorístico el yo se degrada en títere ectoplástico. No debemos ignorar pues el precio y la encrucijada de la era hedonista, que ha desubstancializado tanto la representación como la propia unidad del individuo...*” (**Op.cit.** pp 165-166).

La ‘desubstancialización’ tiene un alcance devastador: el ‘individuo’ se queda sin ‘representación’ y sin ‘unidad’. Pero no olvidemos el diagnóstico: lo que provoca esta desubstancialización es la ‘era hedonista’. En verdad, el hombre siempre ha sido ‘hedonista’; sólo una realidad como la actual (estamos ‘estrenando historia’) ha hecho posible que el hedonismo pase de mera ‘fantasía’ a realidad, porque **can do**. El individuo se convierte en un conjunto de necesidades (la mayoría artificiales) cuya satisfacción no tiene sentido diferir: “*el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales*” (**Op.cit.** p 57). Sólo en este contexto puede surgir la sociedad humorística.

Esto lleva a una nueva paradoja: “*... Con la era humorística que rebaja las distancias, lo social se vuelve definitivamente adecuado a sí mismo, ya nada exige veneración, el sentimiento de las alturas es pulverizado en la desenvoltura generalizada, lo social recobra su completa autonomía conforme a la esencia del proyecto democrático...; la sociedad basada en el principio del valor absoluto de cada persona es la misma en que los seres tienden a volverse zombis inconsistentes o cómicos; la sociedad en que se manifiesta el derecho de todos a ser reconocidos socialmente es también aquella en que los individuos cesan de reconocerse como absolutamente idénticos a fuerza de hipertrofia individualista...*” (**Op.cit.** pp 166-167).

Paradójica consecuencia de que *el principio del valor absoluto de cada persona* termine por convertirnos en *zombis inconsistentes o cómicos*. La única explicación es que “*lo social se vuelve definitivamente adecuado a sí mismo*”. ¿Qué significa esto? Que lo social no tiene referente alguno que lo trascienda. Y por el momento no me refiero a una trascendencia ‘sobrenatural’ sino al **bien común** que hace que lo social no se reduzca a “*un conjunto de moléculas personalizadas*” (**Op.cit.** p 57), ya que el ‘bien común’ nunca será el conjunto de ‘bienes particulares’.

Sin embargo, en esta ‘desubstancialización’ no todo sucumbe: “*... A medida que las instituciones y valores sociales se entregan en su inmanencia humorística, el Yo se realza y se convierte en el gran objeto de culto de la posmodernidad. ¿De qué podemos ocuparnos seriamente hoy en día, como no sea de nuestro equilibrio físico y psíquico?...*” (**Op.cit.** p 169). Es lo único que se toma ‘en serio’: “*no se hacen ya bromas con el propio cuerpo ni con la salud*”, expresión culminante de un proceso

*desacralizador* estrictamente materialista, en el que “*el otro ha entrado en la fase del ‘cualquier cosa’, del desalienamiento burlesco*” (Op.cit. p 166), convirtiendo al que percibíamos como *misterio inquietante* en un *animal curioso vagamente extraño*, que no va más allá de lo *cómico y divertido*.

Ahora podemos palpar mejor hasta qué punto esta paradójica ‘absolutización’ de la igualdad, termina por convertirnos en ‘zombis’ unos para otros. Una igualdad que nos encierra en un individualismo ‘indiferente’, sin **bien común** (las ‘instituciones y valores sociales’ sucumben ante una ‘inmanencia humorística’), nos convierte en mónadas extrañas. En esta situación lo único que queda a un ‘Yo’ que pretende ‘realzarse’ y convertirse en ‘el gran objeto de culto’. Es la culminación del narcisismo: obsesión por un ‘equilibrio físico y psíquico’ que se ahoga en sí mismo, sin ningún referente ni absoluto.

Un Yo encerrado en un individualismo narcisista, sin trascendencia de ningún tipo, se queda sin otros referentes y, para colmo, estas pérdidas se viven como una liberación y un logro. Sin embargo, puede que, en esta ‘euforia humorística’ hayamos perdido lo que dichos referentes significaban. Esto tiene sus consecuencias.

## VI.- “Violencias salvajes, violencias modernas”.

En este último capítulo, **Lipovetsky** aborda la superación de dos ‘códigos’ que han regido la sociedad hasta nuestros días, el de la ‘venganza’ y el del ‘honor’. ¿Qué tiene que ver este final con lo hasta aquí tratado?

He aquí, según **Lipovetsky**, lo que estos códigos representaban en la vida humana: “*Cuando ni el individuo ni la esfera económica tienen una existencia autónoma y están sometidos a la lógica del estatuto social, reina el código del honor, el primado absoluto del prestigio y de la estima social, como el código de la venganza que significa la subordinación del interés personal al interés del grupo, la imposibilidad de romper la cadena de alianzas y de generaciones, de los vivos y los muertos, la obligación de poner en juego la vida en nombre del interés superior del clan o linaje. El honor y la venganza expresan directamente la prioridad del conjunto colectivo sobre el agente individual*” (Op.cit. p 175). Es decir, parece que ambos códigos apuntan a un tipo de ‘trascendencia’.

A continuación analiza la violencia ‘salvaje’ que este tipo de ‘trascendencia’ (el ‘conjunto colectivo’) ha provocado a lo largo de la historia. En efecto, va describiendo cómo, tanto la venganza como el honor, han regido los comportamientos, hasta que “*la acción conjugada del Estado moderno y del mercado... permitió la gran fractura que desde entonces nos separa para siempre de las sociedades tradicionales, la aparición de un tipo de sociedad en la que el hombre individual se toma por fin último y sólo existe para sí mismo*” (Op.cit. p 192). Esta es la gran ruptura: “*un cambio en las relaciones del hombre con la comunidad, una mutación que puede resumirse en una palabra, individualismo, que corre paralela con una aspiración sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad que indiscutiblemente invierte la organización social tradicional. Con el Estado centralizado y el mercado, aparece el individuo moderno, que se considera aisladamente, que se absorbe en la dimensión privada, que rechaza someterse a reglas ancestrales exteriores a su voluntad íntima, que sólo reconoce como ley fundamental su supervivencia e interés personal*” (Op.cit. p 192).

Esta nueva situación que libera de las “*solidaridades de grupo*” hace que el individuo ya no tenga por qué reconocer “*como deber sagrado la venganza de sangre*”, lo mismo

que ocurre con el código del honor: *“cuando el ser individual se define cada vez más por su relación con las cosas, cuando la búsqueda de dinero, la pasión por el bienestar y la propiedad son más importantes que el estatuto y el prestigio social, el concepto del honor y la susceptibilidad agresiva se debilitan, la vida se convierte en valor supremo, se debilita la obligación de no perder la dignidad”* (Op.cit. p 193).

En efecto, no es precisamente *“la igualdad, concebida como estructura moderna del apercibimiento del otro en tanto que ‘igual’, la que hace inteligible la pacificación de los individuos. La civilización de los comportamientos no llega con la igualdad, llega con la atomización social, con la emergencia de nuevos valores que privilegian la relación con las cosas y el abandono concomitante de los códigos del honor y la venganza”* (Op.cit. p 196). Y remite a Tocqueville: *“En los siglos democráticos, los hombres se sacrifican raramente unos por otros, pero muestran una compasión general para todos los miembros de la especie humana”* (Op.cit. p 197).

En efecto, hay que reconocer que *“lo que ni la educación disciplinaria ni la autonomía personal consiguieron realizar verdaderamente, la lógica de la personalización lo consigue al estimular la comunicación y el consumo, al sacralizar el cuerpo, el equilibrio y la salud, al romper el culto al héroe, al desculpabilizar el miedo, en resumen, al instituir un nuevo estilo de vida, nuevos valores, llevando a su punto culminante la individualización de los seres, la retracción de la vida pública, el desinterés por el Otro”* (Op.cit. p 199).

Este nuevo ‘estilo de vida’ y ‘valores’ han ‘pacificado’ una sociedad que lo único que pide es ‘vivir tranquila’. Esto quiere decir que la raíz de esta pacificación es precisamente el desinterés por el otro aunque seamos más sensibles a la compasión, pero la realidad es que *“cada vez más absortos en preocupaciones privadas, los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista: en sociedades que impulsan el bienestar y la realización personal, los individuos están más deseosos de encontrarse consigo mismo, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos antes que enfrentarse físicamente. La repulsión profunda, general, de nuestros contemporáneos por las conductas violentas es función de esa diseminación hedonista e informacional del cuerpo social...”* (Op.cit. p 199).

Y concluye Lipovetsky con una lógica aplastante: *“...la sociedad de consumo remata la neutralización de las relaciones interhumanas; la indiferencia al destino y a los juicios del otro toman desde ese momento toda su amplitud... Indiferencia hacia el prójimo de un nuevo tipo, ya que simultáneamente las relaciones interindividuales no cesan de ser reestructuradas, finalizadas por los valores psicólogos y comunicacionales. Esa es la paradoja de la relación interpersonal en la sociedad narcisista: cada vez menos interés y atención hacia el otro, y al mismo tiempo un mayor deseo de comunicar, de no ser agresivo, de comprender al otro. Deseo de convivencia psi e indiferencia a los otros se desarrollan a la vez, ¿cómo en esas condiciones no iba a disminuir la violencia?”* (Op.cit. p 200).

Es una pacificación por sustracciones: puedo satisfacer todos los caprichos, no necesito nada del otro, con tal de que ni moleste ni me comprometa a algo, deseo comunicarme con él. En todo esto no hay ni ética, ni interés, ni preocupación, ni responsabilidad. El individualismo que vivimos ha reducido el ser humano a un ser de ‘necesidades’ que ha de satisfacer y llegado el caso debe exigir.

Esto pone en crisis algo fundamental en el tema que nos ocupa: la formación. Si el ser humano nace en blanco y está llamado a crecer (¡y no sólo físicamente!), ¿cómo garantizar que dicho crecimiento como persona sea el mejor? Es lo que plantea la ‘educación’. Pero veamos qué está ocurriendo a este respecto: *“El eclipse de los*

*castigos corporales procede de esa promoción de modelos educativos a base de comunicación recíproca, de psicologización de las relaciones... El proceso de personalización diluye las grandes figuras de autoridad, mina el principio del ejemplo demasiado tributario de una era distante y autoritaria que ahogaba las espontaneidades singulares, y disuelve por último las convicciones en materia de educación: la desubstancialización narcisista se manifiesta en el corazón de la familia nuclear como impotencia, desposesión y dimisión educativa. El castigo físico que, aún no hace mucho, tenía una función positiva de amaestramiento e inculcación de las normas ya no será más que un fracaso vergonzoso y culpabilizador de la comunicación entre padres e hijos, un último impulso incontrolado por recobrar la autoridad” (Op.cit. p 201).*

El ‘imperio ideológico igualitario’ y la ‘pacificación’ como ausencia de conflictos, no como convivencia responsable, han afectado de forma nefasta a la relación de dependencia en total desigualdad de posibilidades por la que el ser humano pasa necesariamente. ¡Por mucho que estemos en la era de la igualdad democrática, el niño no puede nada, todo lo tiene que recibir! Al desaparecer papeles irrenunciables, como son la autoridad y ejemplaridad, el niño se queda sin referentes para su crecimiento en madurez, o mejor dicho, sin referentes estructuradores, pues siempre se remitirá al de ‘turno’ pero sin compromiso de ningún tipo.

Ahora bien, la renuncia a la violencia con la desaparición de los códigos de la venganza y del honor lleva al sentimiento generalizado de inseguridad: “...Como sabemos, en todos los países desarrollados el sentimiento de inseguridad va en aumento; ..” (Op.cit. pp 204-205).

Un narcisismo que aísla provocando un individualismo indefenso, solitario, sin referencias, lleva a mecanismos de autodefensa, indiferencia, encierro que imposibilitan la relación distendida y comprometida. Más aún, como más adelante observa el mismo **Lipovetsky**, “la forma hard no expresa una pulsión, no compensa una carencia, como tampoco describe la naturaleza intrínseca de la violencia posmoderna; cuando ya no hay un código moral para transgredir, queda la huida hacia adelante, la espiral extremista, el refinamiento del detalle por el detalle, el hiperrealismo de la violencia, sin otro objetivo que la estupefacción y las sensaciones instantáneas” (Op.cit. p 205).

¿Es correcta esta correlación? Veamos la explicación de **Lipovetsky**: “...Lejos de ser una moda más o menos aleatoria, el efecto hard es correlativo con el orden cool, con la desestabilización y la desubstancialización narcisista al igual que el efecto humorístico que representa su cara opuesta, pero lógicamente homóloga. A la paulatina disolución de referencias, al vacío del hiperindividualismo, responde una radicalidad sin contenido de los comportamientos y representaciones, una subida a los extremos en los signos y hábitos de lo cotidiano, en todas partes el mismo proceso extremista está en marcha, el tiempo de las significaciones, de los contenidos pesados vacila, vivimos el de los efectos especiales y de la performance pura, del aumento y amplificación del vacío” (Op.cit. pp 205-206).

Es decir, parece que el ser humano no soporta el ‘vacío’ (carencia de sentido, de ‘significaciones’, de ‘contenidos pesados’), tiene que llenarlos de algo ‘fuerte’ (hard). Este algo carece de contenido que suple con la intensidad. Es un ‘guinness’ permanente al que se siente impulsado como único aliciente de la vida. En una palabra, “El proceso de personalización desmantela la personalidad; por un lado, el estallido narcisista y pacífico, por otro, el estallido violento y energúmeno” (Op.cit. p 207).

Pero esto no es ilógico: “... Consecuencia del abandono de las grandes finalidades sociales y de la preeminencia concedida al presente, el neonarcisismo es una

*personalidad flotante, sin estructura ni voluntad, siendo sus mayores características la labilidad y la emotividad. Así la violencia hard, desesperada, sin proyecto, sin consistencia, es la imagen de un tiempo sin futuro que valoriza el ‘todo y pronto ya’; lejos de ser antinómico con el orden cool y narcisista, es su expresión exasperada: la misma indiferencia, la misma desubstancialización, lo que se gana en individualismo se pierde en ‘oficio’, en ambición, y también en sangre fría, en control de uno mismo:...” (Op.cit. p 209)*

‘Un tiempo sin futuro’: ¿sin ‘trascendencia’, que se agota en la constatación incompleta que nos da la inmediatez? En efecto, el carecer de horizonte de crecimiento es renunciar a vivir. La vida humana es ante todo **historia** nunca escrita, pero llamada a ser **biografía**. Hemos repetido más de una vez que la precariedad e impotencia en que nacemos está llamada a llegar más lejos de lo que pueda llegar ningún otro viviente conocido. Esto supone un proceso ininterrumpido. El no ‘progresar’, el ‘fijarse’ en la inmediatez del ‘presente’ es dar muerte a dicho proceso, es quedarse con una ‘personalidad flotante’ (¿sin ‘biografía’?).

Pero el problema no queda ahí; **Lipovetsky** lo liga al aumento, tanto de delincuencia criminal como de suicidios. “*Lejos de ser un accidente inaugural de las sociedades individualistas, el movimiento ascendente de los suicidios es su correlato a largo plazo*” (Op.cit. p 212).

Ante este dato angustioso que no sabemos cómo abordar, nuestro autor se atreve a diagnosticar: “...*El proceso de personalización compone un tipo de personalidad cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real: la fragilidad, la vulnerabilidad aumentan, principalmente entre la juventud, categoría social más privada de referencias y anclaje social. Los jóvenes, hasta entonces relativamente preservados de los efectos autodestructivos del individualismo por una educación y un enmarcamiento estables y autoritarios, sufren sin paliativos la desubstancialización narcisista, son ellos quienes representan ahora la figura última del individuo desinteresado, desestabilizado por el exceso de protección o de abandono y, como tal, candidato privilegiado del suicidio. En América, los jóvenes de quince a veinticuatro años se suicidan a un ritmo doble del de hace diez años, triple del de hace veinte...*” (En Japón son los niños de cinco a catorce años los que se quitan la vida) (Op.cit. pp 212-213).

Su análisis es preocupante. Por otro lado, lo que él ha denominado ‘proceso de personalización’, va tomando rostro. Después de haber afirmado que dicho proceso “*desmantela la personalidad*” (Op.cit. p 207), ahora añade que dicha personalidad es “*cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real*”. Y es que el ‘individualismo’ lleva consigo ‘efectos autodestructivos’, cuya raíz está en la carencia de una **educación** que ofrezca un ‘enmarcamiento estable’ (¿un sentido?) y una ‘autoridad’ (no olvidemos que la palabra autoridad viene de *augere* que significa ‘hacer crecer’). Todo esto desemboca en un ‘narcisismo desubstancializado’ (queda atrapado en lo subjetivo, sin acceso a la realidad) ‘desestabilizado por exceso de protección o de abandono’, ‘desinsertado’. Es decir, no es sin más el ‘abandono’ o la ‘protección’, sino su exceso lo que impide la **inserción**.

Conviene caer en la cuenta que insertar viene de *serere* (sembrar), que no es lo mismo que injertar. Es decir, el ser humano tiene que estar ‘inserto’, de lo contrario sus raíces quedan al aire y no puede crecer. Por eso añade **Lipovetsky**: “...*Ahora el suicidio ha sido incorporado por un proceso de indeterminación en que el deseo de vivir y el deseo de morir ya no son antinómicos sino que fluctúan de un polo al otro, casi instantáneamente... en nuestros días, el suicidio puede producirse paradójicamente sin deseo de muerte, algo así como esos crímenes entre vecinos que matan menos por*

*voluntad de muerte que para librarse de ruidos molestos...*”, y termina afirmando: “*la violencia hard está soportada por la lógica cool del proceso de personalización*” (Op.cit. p 213).

Es decir, el ‘neonarcisismo’ no es tan inocuo: desestructura el yo (se queda sin raíces) y deja sin sustancia lo voluntario (en el fondo no sabe lo que quiere, sino tan sólo percibe lo que le estimula). Esto hace posible la aparición de lo que podíamos denominar ‘absolutización de lo espontáneo’: no hay **biografía** (el sujeto no sabe hacia dónde va ni le importa), quedando atrapado en un **presente** entre corchetes (sin pasado ni futuro), en una palabra, sin **historia**. Es consecuencia de una trivialización generalizada (la ‘lógica cool’) en la que todo queda nivelado y equidistante porque se agota en sí mismo. Esto lleva a ‘lógicas’ espeluznantes (‘matar para librarse de ruidos molestos’ o la muerte de la muchacha de Algeciras a manos de dos compañeras para ‘tener una experiencia fuerte’ -hard-).

Por último, el individualismo posmoderno afecta al movimiento social por antonomasia: la revolución. Veamos su argumentación: “*Proceso de civilización y revolución son concomitantes...*” De este modo la misma lucha de clases resolvió las crisis del capitalismo (cf. Op.cit. p 214), pero además replanteó ‘*el contenido interno de la ley y del poder*’, lo que dio lugar al Estado democrático. En efecto, “*para que la revolución se convierta en una posibilidad histórica, los hombres deben ser atomizados, desinsertados de sus solidaridades tradicionales, la relación con las cosas debe primar sobre la relación entre los seres y por último debe predominar una ideología de individuo que le confiera un estatuto innato de libertad e igualdad. La revolución y la lucha de clases suponen el universo social e ideológico del individualismo; entonces no hay una organización en sí exterior a la voluntad de los hombres, el todo colectivo y su supremacía, que precedentemente impedían que la violencia rompiera su orden, pierden su principio de intangibilidad; ya nada, ni el Estado ni la sociedad escapan a la acción transformadora de los hombres. En cuanto el individuo ha dejado de ser un medio para un fin exterior, y ha pasado a ser considerado y a considerarse a sí mismo como fin último, las instituciones sociales pierden su aura sagrada, todo lo que procede de una transcendencia inviolable y se da en una heteronimia de naturaleza es, a largo o corto plazo, socavado por un orden social e ideológico cuyo centro ya no es el más allá sino el propio individuo autónomo*” (Op.cit. pp 214-215).

Para que el hombre alcance un *estatuto innato de libertad e igualdad*, es necesario el predominio de una *ideología del individuo*. Es decir, el gran logro de nuestras democracias que es la libertad y la igualdad tiene su fundamento en una ‘ideología’, que es lo mismo que decir en una ‘absolutización’. Pero lo que se ha absolutizado es un ‘individuo’ *atomizado, desinsertado de sus solidaridades tradicionales* en el que la *relación con las cosas prima sobre la relación con los seres*. Es el *universo social e ideológico del individualismo*. Ya no hay nada *exterior a la voluntad de los hombres* (aunque ‘atomizados’ y ‘desinsertados’), *el todo colectivo y su supremacía* (¿el ‘bien común’?), *pierde su principio de intangibilidad*, sino que *el individuo ha dejado de ser un medio para un fin exterior, y ha pasado a ser considerado y considerarse a sí mismo como fin último*.

Esto es ‘absolutizar’ y toda absolutización lleva a una ‘sacralización’ aunque no se le dé este nombre. Por eso *las instituciones sociales* han de perder *su aura sagrada*. En efecto, se rechaza toda *transcendencia inviolable* y toda *heteronomía*, pero porque ha sido ‘sacralizado’ el ‘*individuo autónomo*’.

En este análisis, indiscutible a mi modo de ver, se describe con exactitud las raíces de nuestras democracias, que se enorgullecen de una **libertad** ‘descomprometida y autónoma’ (¡sin trascendencia!) y de una **igualdad** ‘atomizada’ (¡aislada!).

Pero el análisis de **Lipovetsky** es más complejo, y el ‘individualismo democrático’ ha pasado por distintas etapas. En una primera fase (que denomina ‘heroica’) ‘la cosa pública’ tiene aún entidad: *la primacía del todo social* conserva fuerza. Pero para que pueda ser ‘eficaz’ ha de ser ‘omnipresente’ e ‘inflexible’, generando un ‘maniqueísmo’ en torno a *los nuevos valores ligados a los derechos del individuo*. El resultado es que lo que se vivió como una *emancipación de lo sagrado*, termina desencadenando todos los riesgos que las anteriores ‘sacralizaciones’ del poder tenían (cf. **Op.cit.** pp 215-216).

En efecto, como observa **Lipovetsky**, “*con la era individualista se abre la posibilidad de una era de violencia total de la sociedad contra el Estado, una de cuyas consecuencias será una violencia no menos ilimitada del Estado sobre la sociedad, o sea el Terror como un modo moderno de gobierno por una violencia ejercida en masa, no sólo contra la oposición sino contra los partidarios del régimen. Las mismas razones que permiten a la violencia civil trastornar el orden social y político hacen posible un desafío sin precedentes del poder hacia la sociedad ya que el Terror nace en la nueva configuración ideológica surgida de la supremacía del individuo: aunque las masacres, deportaciones, procesos, se realizan en nombre de la voluntad del pueblo o de la emancipación del proletariado, el Terror es posible sólo en función de una representación democrática, es decir individualista, del cuerpo social, aunque sea para denunciar su perversión y restablecer por la violencia la prioridad del todo colectivo*” (**Op.cit.** p 216). Descripción cruda, pero impecable de lo que has supuesto todas las ‘dictaduras del proletariado’.

¿Qué alcance tiene este hecho? ¿Tiene alguna lógica? En realidad hay que reconocer que las atribuciones que se concedieron en esta fase al ‘todo social’ eran, sin más, una ‘sacralización’.

Pero esta situación no la soporta a la larga el ser humano: “*La gran fase del individualismo revolucionario expira ante nuestros ojos: después de haber sido un agente de guerra social, el individualismo contribuye desde ahora a eliminar la ideología de la lucha de clases. En los países occidentales desarrollados, la era revolucionaria ha concluido, la lucha de clases se ha institucionalizado, ya no es portadora de una discontinuidad histórica, los países revolucionarios son totalmente decadentes, en todas partes prima la negociación sobre los enfrentamientos violentos. La segunda ‘revolución’ individualista, introducida por el proceso de personalización, tiene por consecuencia un abandono masivo de la res publica y en particular de las ideologías políticas: después de la hipertrofia ideológica, la desventura hacia los sistemas de sentido. Con la emergencia del narcisismo, el orden ideológico y su maniqueísmo caen en la indiferencia, todo lo que contiene universalidad y oposiciones exclusivas no afecta a esa forma de individualidad ampliamente tolerante y móvil. El orden rígido, disciplinario, de la ideología se ha hecho incompatible con la desestabilización y la humanización cool. El proceso de pacificación ha alcanzado el todo colectivo, la civilización del conflicto social prolonga entretanto la de las relaciones interpersonales*” (**Op.cit.** pp 216-217). El punto de arranque y el prototipo de esta nueva etapa es **Mayo del 68**:

Qué duda cabe que es de agradecer que ‘en todas partes prive la negociación sobre los enfrentamientos violentos’, pero que este proceso de ‘personalización’ provoque ‘un abandono de la *res publica*’ y ‘la desventura de los sistemas de sentido’, es preocupante. Una sociedad tan exigente, cuyas reivindicaciones son ‘narcisistas’ y

‘privadas’, donde impera la ‘indiferencia’ propia de ‘una individualidad tolerante y móvil’, desemboca en un conflicto más desestabilizador, el de ‘las relaciones interpersonales’.

Esto que puede sonar chocante, no lo es, pues ya hemos visto en qué consiste el ‘proceso de personalización’. Como afirmó en otro momento, “*el proceso de personalización desmantela la personalidad*” (**Op.cit.** p 207). O como el mismo **Lipovetsky**, cuatro años más tarde afirmará en otra de sus obras: “*El reino pleno de la moda pacífica el conflicto social, pero agudiza el conflicto subjetivo e intersubjetivo; permite más libertad individual, pero engendra una vida más infeliz. La lección es severa; el progreso de las Luces y el de la felicidad no van al mismo paso y la euforia de la moda tiene como contrapartida el desamparo, la depresión y la confusión existencial. Hay más estímulos de todo género pero mayor inquietud de vida; hay más autonomía privada pero más crisis íntimas. Esta es la grandeza de la moda, que le permite al individuo remitirse más a sí mismo, y esta es la miseria de la moda, que nos hace cada vez más problemáticos, para nosotros y para los demás*” (**El imperio de lo efímero** p 324).

Es decir, *la segunda ‘revolución’ individualista* que ha inaugurado el *proceso de personalización* sí provoca el *abandono masivo de la res publica* y en particular de las *ideologías políticas*. Pero esto es posible porque el nivel de ‘consumo’ está garantizado en masa. El alto grado de ‘satisfacción’ no sólo está ‘generalizado’ (la mayoría tiene satisfechas sus ‘necesidades’) sino ‘asegurado’ (se experimenta como un ‘derecho’). No hay que luchar por nada, sino exigir unos derechos adquiridos.

Es decir, “...*si la revolución libertaria de los años sesenta era aún ‘utópica’, portadora de valores, hoy día, las violencias que estallan en los ghettos se apartan de cualquier proyecto histórico, fieles al proceso narcisista*” (**Op.cit.** p 219).

Este es el riesgo de nuestro narcisismo individualista: al no tener referentes puede convertirse en una amenaza no sólo para los otros sino incluso autodestructora: “*La violencia de clase ha cedido paso a una violencia de jóvenes desclasados, que destruyen sus propios barrios; los ghettos se encienden como si se tratara de acelerar el vacío posmoderno y rematar rabiosamente el desierto que construye por otros medios el proceso cool de personalización. Último desclasamiento, la violencia entra en el ciclo de reabsorción de los contenidos; conforme a la era narcisista, la violencia se desubstancializa en una culminación hiperrealista sin programa ni ilusión, violencia hard, desencantada*” (**Op.cit.** pp 219-220).

El final del libro no puede ser más estridente. La cuestión es si esta *violencia de jóvenes desclasados* es mero ‘residuo’ y ‘desecho’, que todo cuerpo social segrega, o ‘síntoma’ de descomposición. Las raíces de esta ‘violencia hard’ no parecen estar muy lejos de lo que constituye esta ‘segunda revolución individualista’: según **Lipovetsky** es el *proceso cool de personalización* el que está detrás del *vacío posmoderno* y de este *desierto* que avanza, *sin proyecto histórico* propio de la *era narcisista*, ‘desustancializada’, *sin programa ni ilusión..., desencantada...*

Este es el problema. En esta situación que nos aboca al *desamparo, la depresión y la confusión existencial* (cfr. final de **El imperio de lo efímero**), ¿hay posibilidad de plantearse algún tipo de salida o recuperación? ¿Recuperación de qué? Sin embargo, el ser humano nunca renunciará a preguntarse.